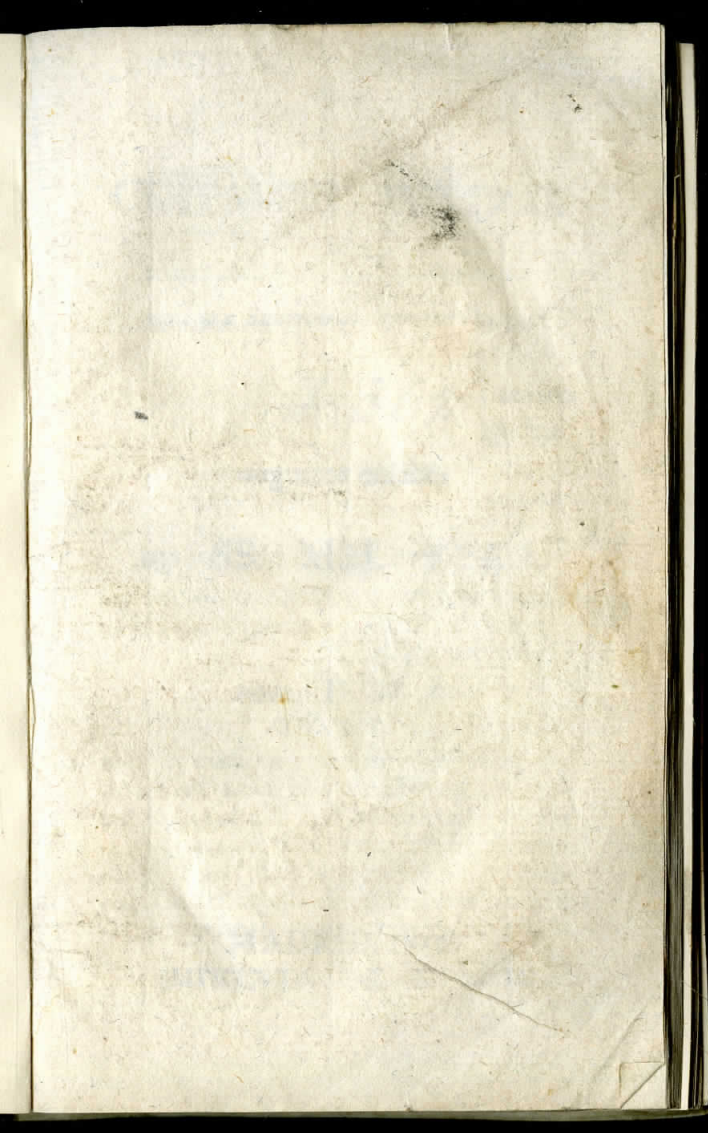


EL CERTAMEN POETICO — D. M. B. 1816







CERTAMEN POETICO,

DRAMA ORIGINAL EN UN ACTO

que ha de representarse en el teatro
del Príncipe en celebridad de los
augustos enlaces

DE SS. MM. Y AA.

POR D. M. B.

MADRID 1816.

IMPRENTA DE BURGOS.

PERSONAGES.

ACTORES.

D. CARLOS.

MAYQUEZ.

D. LUIS *su primo*.

CAPRARA.

D. AGAPITO

VENTOSO.

D. CEFERINO.

} *poetas.*

{ AVECILLA.

{ CRISTIANI.

EL BARON DE
PUNTO-ALTO.

GUZMAN.

*Varios agregados aduladores que le
acompañan.*

DIEGO.

RUBIO.

ANTON.

LOPEZ.

*Y otros criados de D. CARLOS.**Varias señoras y caballeros concurren-
tes á la funcion, y acompañamientos
de coros y bayle,*

TEATRO.

*Al principio sala corta de casa de don
Carlos, amueblada con toda decencia,
mesa, escribanía, &c. En seguida en
otro término aparece el Parnaso con to-
dos sus atributos; y al final una magní-
fica decoracion que la compañía dispon-
drá del modo mas análogo á tan plausi-
ble objeto.*

ACTO ÚNICO.

ESCENA PRIMERA.

*Anton y Diego y otros criados colocando
sillas en la sala; limpiando y arreglando
los demas muebles.*

DIEGO.

Sabes qué te digo, Anton?

ANTON.

Si no me lo dices, Diego,
cómo quieres que lo sepa?
pero dilo y lo sabremos.

DIEGO.

Que en la funcion de este dia
va á gastar gentiles pesos
el amo.

ANTON.

Qué bien que hace!
Has de saber que el dinero
tan solamente produce
dos gustos.

DIEGO.

Pues cómo es eso?

(2)

ANTON.

Uno al tomarlo, y el otro
al gastarlo.

DIEGO.

Ola! en efecto
que tienes razon.... Muchachos
dáos prisa, que acabemos
de arreglar la sala.... El amo
no puede tardar momento
en venir.

ANTON.

Ni las señoras
con todos los caballeros
del convite.

DIEGO.

Sí, la cita
es á esta hora.

ANTON.

¿Y oiremos
todo lo que aquí relaten?

DIEGO.

Vaya, vaya, por supuesto:
quien nos lo habia de impedir...?
El amo viene: acabemos.

ESCENA II.

*Dichos, don Carlos con unos papeles en
la mano y un diario, y don Luis.*

CARLOS.

Anton, vete ya al jardin.
Tú, Diego, al recibimiento:

(3)

quando llegue algun poeta: ad
avisame: á los sugetos
convidados dí que pasen
sin detencion allá dentro, y véles
manifestando, Anton, quanto está dispuesto.
Interin yo aviso.

ANTON.

Bien.

y en avisando?

CARLOS.

Al momento
dirígelos á esta pieza.

Vanse Diego y Anton.

LUIS.

Mal haya si nada entiendo:
sea lo que quieras, primo; pero
yo por mí no puedo menos
de decir que eres un raro.

CARLOS.

Qué quieres? Todos tenemos
de locos y de poetas
ciertas ráfagas.

LUIS.

Lo veo
eso en tí completamente
comprobado. No por esto
la funcion que has preparado
entiendas que la repruebo,
eso no; porque jamás
puede presentarse objeto
mas digno, ni que merezca

(4)

de nuestro sincero afecto
mayores demostraciones.
Lo que únicamente quiero
decirte; es que no me agradan
los extravagantes medios
de que te vales; y que
si empleases tu dinero
de otra forma, lucirías
mucho mas.

CARLOS.
O mucho menos.

LUIS.

Jesus y qué desatino!
Solo con relatar versos
se hará la función? gran cosa!
Es verdad que habrá sujetos
que estén con la boca abierta;
mas si de esto no entendemos
los mas una palotada.

CARLOS.

Eso tiene buen remedio;
aquel que no quiera oír
puede irse.

LUIS.

Y haber puesto
ese anuncio en el diario,
convidando á los ingenios
para que escriban de cosas
que ya todos las sabemos,
y repartirles despues
tan exórbitanes premios....
Por fin... Poeta!

(5)

CARLOS.
Oxalá

que con todo fundamento
así pudiesen llamarme;
pero amigo, estoy muy lejos
de merecer tal dictado,
pues si escribo quatro versos
que no son malos del todo,
no son tampoco perfectos.
Pero en fin tengo afición!

LUIS.

Es que ya llega al extremo
tu manía.

CARLOS.

Pues no olvides
aquel tan comun proverbio
de dexará cada loco
con su tema.

LUIS.

Ya te dexo,
haz lo que te dé la gana.
Yo, Carlos, si he dicho esto
por que...

CARLOS.

Es porque tú eres,
poco, mas ó poco menos,
como otros varios que tienen
rachocados muchos pesos
y jamás saben gastarlos.

LUIS.

Vaya, que no puedo menos
de reírme al escucharte!

(6)

Pues le das tú buen empleo
hoy á tu dinero!

CARLOS. Sabe que el mejor, el mas honesto que se puede discurrir, y sinó lee majaderó, con reflexión ese anuncio.

LUIS. Ya lo he leído.

CARLOS.

Te ruego que lo vuelvas á leer, verás cómo te convenzo.

Léelo el Diálogo.

LUIS. (lee.)

AVISO AL PUBLICO. Un amante de las glorias de la patria convida á todos los poetas que gusten trabajar alguna ligera composicion en verso, bien sea sobre las grandes acciones patrióticas que han admirado á la Europa, ó bien sobre los hechos particulares de nuestros héroes en la próxima campaña. Para excitar el celo de los compositores en asuntos tan grandiosos, se ofrecen tres premios, el primero de cien doblones, el segundo de noventa, y el tercero de ochenta. Las composiciones se traerán escritas y cerradas, y cada autor recitará la suya de memoria, á cuyo tiempo será abierta por el sugeto

(7)

que ofrece los premios. Estos se distribuirán por el órden de aprobacion que dé el lucido concurso que asistirá á la funcion que con este motivo se ha dispuesto. Los poetas deberán concurrir puntualmente á las siete de la noche del dia de , que es el señalado, á la calle del Príncipe, casa grande llamada antiguamente Corral, situada al frente del despacho de billetes del teatro, en donde recibirán los respectivos premios que merezcan sus tareas en moneda contante, muy sonante, y á la vista.

Y bien, ya he vuelto á leer el anuncio; pero de esto qué se deduce?

CARLOS.

Friolera! qué cabeza! qué talento! Tú quisieras que yo hiciese lo que hacen otros sugetos en estos casos: gastar una porción de dinero en un bayle, en una cena, ó un magnífico refresco, y celebrar de este modo. No, amigo, no; que yo pienso diferentemente. Vamos á razones: dí, ¿no es cierto que las brillantes acciones que se han visto en estos tiempos

(8)

son asuntos los mas dignos
de elogio?

LUIS.
En eso convengo.

CARLOS.
Pues, siendo así, no hallo modo
de celebrar tales hechos
con mas dignidad, que usando
de las gracias y embelesos
de la poesia: ésta,
desengáñate, su imperio
lo extiende á todas las cosas:
los héroes que fallecieron
por ella han resucitado:

ella sus nombres eternos
sabe hacer... hasta los siglos
mas remotos, como en vuelo
los hace retroceder;
y teniéndolos sujetos

ante nuestros mismos ojos
vemos todos los sucesos;
los tocamos... Las acciones
grandes, los heroicos hechos
de hombres ilustres, los pinta
con tal viveza y esmero,
que á no ser uno insensible
se le han de quedar impresos
con gusto en el corazón.

LUIS.
Vaya, vaya, que estoy viendo
te me escapabas al Parnaso.

(9)

CARLOS.

Buena salida por cierto!
así que estás convencido
sales con un adefesio!
Conoces que de este modo
se han de celebrar los hechos
heroicos de nuestra patria,
y sientes que mi dinero
lo invierta...

LUIS.

Tú no me entiendes;
que se celebren lo apruebo;
mas el asunto del día
es este?... No es el objeto
de hoy...

CARLOS.

Ah! y qué negado eres!
No has visto quanto hay dispuesto
ademas?... no te haces cargo
que estas causas á su tiempo
habrán de haber producido
sus naturales efectos?
Pues estos ya se verán:
no me muelas mas te ruego.
Tú solo debes oír,
ver y callar.

LUIS.

Ya te dexo.

ESCENA IIIII.

Dichos y Diego, que en dando el recado se vuelve á marchar, y en seguida don Agapito.

DIEGO.

Don Agapito Ventoso,
poeta, el permiso vuestro
pide para entrar.

CARLOS.

¿Qué pase
adelante en el momento.

LUIS.

Ya empieza á venir tu gente: es
al menos ahora veremos
unos hombres que discurso
son muy raros.

AGAPITO.

Caballeros, yo
estoy á la orden de ustedes.
El favorecedor nuestro
el señor don Carlos, quien
es? pues tengo gran deseo
de ver y admirar á un hombre
tan original.

CARLOS.

No apruebo
los poéticos elogios
si á mí se dirigen.

AGAPITO.

Bueno!

pues salto yo á la verdad!
sois el héroe de estos tiempos!
Quando se ha visto en España
ofrecer tan grandes premios
á los poetas!... Vos solo,
solo vos habeis abierto
camino tan inusado:
acaso tan noble exemplo
será la redencion nuestra.
No os pese; señor; al menos
sabed que favoreceis
á unos hombres todos buenos
si no por grado por fuerza;
pues por la falta de medios
ayunamos todo el año:
no hay humor para paseos
ni para otras diversiones;
y así empleamos el tiempo
santamente en discurrir
sobre el diario sustento.
Ah! y os parece que hay obra
mas grata para los cielos
que levantar al caído!
Si segun nuestros deseos
fueran nuestras facultades,
señor, un gran monumento
os hubiéramos alzado
para perpetuo recuerdo
del novilísimo anuncio
con que supisteis volvernos
el alma al cuerpo á nosotros;
por lo qual con fundamento,

(12)

y sin lisonja, yo digo
que resucitais los muertos.

LUIS.
Vaya! con mucha energía
os explicais.

AGAPITO.
Caballero,

necesitas *caret lege*,
la necesidad entiendo
que tiene cara de herege;
y quando nosotros vemos
que una benéfica mano
nos saca por largo tiempo
de este estado miserable,
es natural expliquemos
con la mayor efusion
de nuestra alma el sentimiento
de gratitud que produce
tan angelical proyecto.
Tome usted señor don Carlos
Le dá un papel cerrado.
mi composicion: espero
no desagrado del todo.

CARLOS.
Yo me alegraré en extremo
guste mucho, y que os lleveis
alguno de los tres premios.
Vaya pues, don Agapito,
servíos tomar asiento.

*Don Agapito se sienta, y don Carlos
hace que escribe el nombre del poeta en
su composicion.*

(13)

ESCENA IV.

*Dichos y Diego como en la anterior: da
el aviso, don Carlos le hace señá para
que entre el poeta: váse Diego, y en
seguida sale don Ceferino.*

DIEGO.

El poeta don Ceferino.

LUIS.

Sabes qué digo? que advierto
que son bastante estrambóticos
los nombres de estos sugetos.

CARLOS.

Son muy raros los poetas
en todo.

Sale CEFERINO.

Señores, beso
á ustedes las manos.

CARLOS.

Vaya,
aquí tiene usted asiento,
don Ceferino.

CEFERINO.

Mil gracias.
Señores míos, deseo
á todos *salutem plurimam*.
A que no me engaño apuesto
un verso contra sesenta,
que es usted el caballero
ilustre, fino, magnánimo

(14)

que nos anunció los premios:
el señor don Carlos sois,
no me queda duda.

CARLOS.

Es cierto.

CEFERINO.

Si no podia fallár!
A la légua conocemos
nuestro Mecenas, y es
porque hemos llegado á un tiempo
que por mas que trabajamos,
por mas fuego que á los versos
damos, jamas descubrimos
un Mecenas; se murieron
todos! tan piadosa estirpe,
por mas, por mas que estudiemos
no podemos conseguir
que resucite. Por esto
quando qualquiera persona
nos hace el menor obsequio,
al instante deducimos
que la animan sentimientos
muy peregrinos; y así
en quanto tuve de versos
el honor, y de escucharos
la dicha: Este caballero,
dixe para mí, es sin duda
el que ha ofrecido los premios.
Tome usted, señor don Carlos
la composicion que he hecho.

*Se la dá: don Carlos apunta el nombre,
y él se sienta junto á Agapito.*

(15)

Usted, amigo, será
hoy mi ilustre compañero.

AGAPITO.

Para servir á usted.

CEFERINO.

Gracias;

y yo *pariter* me ofrezco
á usted. Ah! se me figura
que en este instante me encuentro
en la mansion de las musas,
que en nuestro protector veo
al mayordomo mayor
de Apolo, por cuyo medio
no solamente á la cumbre
del Parnaso arribaremos,
sino que se admitirán
por la deidad nuestros versos.

CARLOS.

Delirais, don Ceferino;
mas debeis saber no quiero....

AGAPITO.

Señor don Carlos, despacio:
ha hablado con fundamento
mi cólega; y sinó oid:
Hombre que está sin dinero
es como un cuerpo sin alma;
es decir, es hombre muerto:
ergo nosotros jamas
hubiéramos hecho un verso
que mereciese la pena;
mas, señor don Carlos, luego
que leimos un anuncio

tan humano y tan discreto,
fue tal el valor, el gozo,
los sublimes pensamientos
con que fuimos inflamados,
que el mas difícil empeño
nos parecia vagatela.

Así es que de entre los dedos
una versificación

bella, un lenguaje correcto
parece que uno sacaba;
todo se lo hallaba hecho

en un instante: conque
si usted solo nos ha puesto
en esta disposición

con la esperanza del premio;
si otro ninguno hasta ahora
ha usado de tal proyecto,

y si por él animados
lográsemos el objeto

desempeñar, sois sin duda,
qual dixo mi compañero,

el mayordomo mayor
de Apolo, el que nos ha hecho

acreedores á sus gracias.
Dixi.

LUIS.

La risa no puedo
contener al escucharlos.

Que familia!

AGAPITO.

Compañero,
si usted todavia no tiene

bastante conocimiento
de nuestro señor don Carlos,
debe saber que su ingenio
es sobresaliente, y que hace
unos bellísimos versos;
y así debemos honrarnos
con que el preferente asiento
tome entre nosotros.

*Los poetas se levantan, é instan á don
Carlos tome asiento en medio de ellos,
á cuyo fin le ponen una silla.*

CEFERINO.

Hombre,
y me ocultaba usted eso!
Señor don Carlos, al punto
sentáos aquí.

CARLOS.

No; dexemos
ceremonias: ademas,
yo solo me considero
por un mero aficionado;
y segun estamos viendo
al presente, los poetas
y los que tienen dinero
están en contradiccion,
con que yo no puedo serlo
de ningun modo.

CEFERINO.

No obstante,
dice tambien el proverbio,
no hay regla sin excepcion.

(18)

AGAPITO.

No hay excusa: he visto versos
de usted muy sobresalientes;
y aun quando no fuese esto
así, la misma razon
que dáis de tener dinero
es lo que mas debería
convencerme y convencerlos,
porque aquel que lo posee
es todo en grado perfecto;
mas si usted es, lo repito,
es por su grande talento.

ESCENA V.

*Dichos y Diego como en las anteriores,
y despues el Baron con los que le
acompañan.*

DIEGO.

El Baron de Punto-Alto,
hijo, nieto, y aun viznieto
de poetas, y él tambien
poeta, tiene deseo
de asistir....

Saliendo á la puerta á recibirle.

CARLOS.

Que al punto entre.

AGAPITO.

Punto-Alto!... Compañero,
esto me dá mala espina!

(19)

temo atrape el mayor premio!
Punto-Alto!...!

CEFERINO.

Usted le conoce?

AGAPITO.

No señor, mas como veo
que el hombre raya tan alto...!

CEFERINO.

Yo discurro, compañero,
que nos juntaremos tantos,
que no han de alcanzar los premios
á todos.

AGAPITO.

Puede que sí,
porque no hay muchos ingenios.
Observemos, que ya llega.

*El Baron entra con los que le acompa-
ñan, y sin usar de atención alguna se
sienta, y principia á registrar todo
con el lente.*

BARON.

A Dios amigos: yo vengo
cansado; me sentaré,
que de este modo podremos
hablar con comodidad.
Conque qual es el sugeto
del anuncio? Tengo gana
de verle.

CARLOS.

El hombre es atento!

ap.

(20)

AGAPITO.

Este es el señor don Carlos
nuestro protector.

BARON.

Me alegro.
servidor de usted: amigo,
yo solamente aquí vengo
por afición; aunque saque
el mayor de los tres premios
no le tomo: á los demas
compositores lo cedo
desde luego, y que lo partan
entre sí..... Yo hago mis versos
por mi afición y mi gloria:
tengo el mayor gusto en ello:
bien que toda mi familia
ha despuntado en ingenios!
tuve un padre....! tuve un tío...!
no digo nada el abuelo!
pues; y el hermano...? el hermano,
que no hace mucho que ha muerto,
en qualquier conversacion
siempre contestaba en verso;
era un puro consonante.
Que hombre aquel! era un portentoso!
él parece que nació,
que vivió, y que murió en verso.
Yo soy lo mismo, y la prueba
á la vista la tenemos,
pues una composicion
en tan pocos dias he hecho
que tiene seguramente

(21)

de unos ocho á diez mil versos.

CEFERINO.

Cáspita!

BARON.

Tomadla, amigo.

*Alarga á don Carlos un gran legajo de
papeles del tamaño de unos autos, que
sacará de un bolsillo de la casaca, ó de
donde no se haya visto los traía; y don
Carlos sin mirarlos los pone sobre una
esquina de la mesa.*

CARLOS.

Vuestras tareas celebro;
mas para la funcion esta
no aprovecha.

BARON.

Como es eso!

CARLOS.

Pues no veis que en el anuncio
se convida á los ingenios
á composiciones breves?
Solo un limitado tiempo
debe durar la funcion
dispuesta con este objeto;
si se dilatase mucho,
en vez de hallar un recreo
en ella los concurrentes,
fueran todos en extremo
fastidiados.

BARON.

No, no, amigo,
que para todo hay remedio.

Repetid vos la funcion
muchos dias, que yo ofrezco
en cada uno recitar
un poco, y en mes y medio
con diferencia de dia
se oye toda.

CEFERINO.

No, el proyecto
aunque dificil, no es
imposible.

BARON.

Ademas tengo
dispuesta ya la impresion,
y luego repartiremos
exemplares.

CARLOS.

Si os parece
podeis seguir mi consejo.
No gasteis en imprimirla
hasta ver qué tal efecto
causa: acordáos de lo que
ha dicho Inarco Celenio
en su célebre comedia
del Café.

BARON.

Yo mi dinero
lo gasto en esto con gusto,
y así nunca me detengo
en frioleras.... Ahora
si os pareciese, veremos
un poco, y despues se hará
lo que convenga.

*Don Carlos toca una campanilla, y viene
inmediatamente Diego.*

CEFERINO.

No hay mied o
compañero, nuestro hombre
no nos hará muy mal tercio.

CARLOS.

Diego, avisa á los señores
convidados al momento,
que aquí se sirvan pasar:
ve si está todo dispuesto,
que nada falte: la puerta
a cerrareis, que ya es tiempo
hayan concurrido todos
los convidados é ingenios. *váse Diego.*
Ahora, pues, señor Baron
me direis el nombre vuestro
qual es allá entre los Arcades.

BARON.

Amigo yo no os entiendo.

CARLOS.

Digo que si sois poeta
de la Arcadia?

BARON.

Ah...! acabemos!

Lo que es en la Alcarria, nunca
he estado, pues aun que tengo
*Los poetas al oírle cada qual se rie por
su lado haciendo los mayores extremos,
aunque con silencio y recatándose,
allí algunas posesiones*

un mayordomo muy bueno
me las maneja.

AGAPITO.

Ay amigo,
respiremos! respiremos!

ESCENA VII.

Dichos, y una porcion de señoras y caballeros que entran y se van sentando enfrente de los poetas. Don Carlos, despues de recibirlos, se sienta á la mesa como ordenando las composiciones que le han entregado.

CARLOS.

Oh señoritas. . . ! Señores,
tomen ustedes asiento,
que vamos á principiár,
pues ha pasado algun tiempo
de la hora señalada,
y esperar ya no debemos
á nadie. Señor Baron,
usted deberá el primero
recitar.

BARON.

Con mucho gusto:
allá voy. . .

CARLOS.

Solo un momento
esperad. . . La poesía
tiene ciertos embelesos

que parece nos trasladan
á otro distinto hemisferio.

Quando una composicion
es buena, como yo espero
que habrá algunas esta noche,
al escucharla nos vemos
segun la imaginacion
corre de entusiasmo llenos,
á la vista del Parnaso
la satisfaccion tenemos
de ver á Apolo y las Musas;
y como hoy de unos objetos
grandiosos se ha de tratar,
convendrá que desde luego
del mismo Apolo á la vista
sean recitados los versos.

*A este tiempo se descubre el Parnaso
con todos sus atributos*

Señor Baron, ya podeis
principiár.

BARON.

Voy al momento.

*Volviéndose á los suyos y hablándoles
como en secreto. Cada uno de ellos saca
otro gran legajo de papeles como el del
Baron, y se los pone sobre las rodillas
como para ir leyendo y estar expeditos
para dar los aplausos en los versos
señalados.*

Cuidado con los aplausos: ap.
ya sabeis adonde tengo
señalado que han de darse:

apretad bien, caballeros.

Recita,

Oh nacion gigantea, hercúlea y fuerte,
mil y mil veces grande, á quien la muerte
nunca puede apagar tus luminaires,
que aquí, acullá, y de unos á otros mares
corre y vuela y discurre tu gran fama,
de Sanson cuna, y de Amazonas cama,
*Los que acompañan al Baron dan un
aplauzo; los poetas se rien entre sí, y
los demas concurrentes unos manifiestan
disgusto y otros risa. El Baron ínterin
el aplauzo se destose varias veces para
dar lugar á él.*

en cien cantos y ciento, y otros ciento
cantaré todo. . . tu merecimiento.

¿Quien de canarios ó de los ruiñeñores
las melífluas voces y los primores
á mi garganta le diera en este dia
para trinar con toda melodía. . . ?
*Dan segundo aplauzo los del Baron;
pero éste al oír reír á todos vuelve y
mira con el anteojo preguntando á
los suyos*

¿Y qué significa esto,
amigos?

UNO.

Bien claro está:
que no gustan vuestros versos.

BARON.

Ola, ola! . . Vamos de aquí:

qué ignorantes! qué groseros! . .

Venga mi composicion.

*La toma con rabia para irse, y los suyos
guardan sus respectivas.*

Tonto de mí! . . yo me tengo
la culpa; pero no importa:
las pagarán. . . nos veremos
las caras: les aseguro
que antes de muy poco tiempo
una buena tremolina
sonetaria escrita en verso
saldrá en el diario, y á todos
he de levantar en peso.

Váse de prisa con los suyos.

CARLOS.

No interrumpa esta ocurrencia,
Señores, nuestro festejo.
Don Agapito á usted toca
recitar ahora el primero.

AGAPITO.

Voy con gusto á ejecutarlo.
Aunque en límites estrechos
para mi composicion
por asunto me he propuesto
lo que fué Madrid y España
así que llegó el momento
de conocer su agresion
y el doloso cautiverio
de su amado Rey, por quien
con tanto gusto y empeño
supo hacer los sacrificios
que á su trono le han devuelto.

Recita.

Corrió el tiempo fugaz é imperturbable,
 y rodando en su marcha concertada
 conduxo aquellos dias tenebrosos
 que en luto y llanto y lamentar continuo
 á envolver iban el grandioso seno
 de la nación heróica y confiada
 en la amistad mil veces invocada.
 El genio del desórden derramando
 la usurpadora ensangrentada vista
 desde el fragoso y alto Pirineo
 sobre el suelo feraz de toda Iberia
 á su placer le mira y se complace
 al ver la rica presa que ambiciona.
 A su jóven Monarca el deseado
 del pueblo que le adora, apenas dexa
 en su trono sentar, quando capcioso
 le arrastra de su reyno hasta su imperio,
 y de la augusta estirpe no permite
 quede en la monarquía resto alguno,
 dexando á ésta en horfandad y angustia!
 En aquel dia infausto y memorable
 vióse de la una parte la perfidia
 conducir aguerridas muchas huestes
 á herir y asesinar al indefenso,
 al desarmado, al mísero patricio;
 y de la otra los desnudos pechos,
 los fuertes brazos de estos que leales,
 sin mas acero que su justo enojo,
 su amor á su Monarca y á su Patria,

heróicos su venganza así emprendieron,
 y así las víctimas primitivas fueron
 Independencia, independencia gritan
 al defenderse, al castigar valientes
 al armado invasor, y esto repiten
 al recibir la muerte. . . nuestra sangre
 reclama de vosotros, compatriotas
 la mas justa venganza: si vosotros
 siguiéseis nuestro exemplo, consolados
 hoy baxaremos á la tumba fria;
 y si de glorias os hallais ansiosos,
 ó vencer ó morir siempre animosos.
 Con la velocidad de ardiente rayo
 á todas las provincias se propaga
 la triste nueva del fatal suceso.
 Desgraciados hermanos! campeones
 ilustres é inmortales (exclamaban
 los fieles hijos de la Iberia toda)
 os vengaremos; nuestro llanto es hoy,
 mañana nuestras iras; ya juramos
 venganza y muerte. . . Dí, invasor alevé,
 el hijo de Madrid qué mal te ha hecho?
 su pan te dió, y te cedió su lecho!
 A esta voz en todos los patricios
 del amor y lealtad se enciende el fuego:
 el dolor, el despecho y la zozobra
 se ven grabados tumultuosamente
 en todos los semblantes. No hay un hombre
 que no desee vengarse. . . Al fin se oye
 aquel grito uniforme y penetrante
 que dá la nación toda, y al momento
 corre España veloz á su venganza,

mezclándose sus hijos sin notarse
en estados ni clases diferencia,
solo se oyó *venganza! independencia!*

LUIS.

Acercándose á él, y como en confianza.

Bien, señor don Agapito!

Amigo, aunque yo no entiendo
de esto, me ha gustado mucho
vuestra relacion.

AGAPITO.

Me alegro.

LUIS.

No tengais ningun cuidado
si no os diesen ningun premio,
que mi bolsillo está aquí
para usted desde ahora abierto.

AGAPITO.

Mil gracias.

CARLOS.

Don Ceferino,
usted sigue.

CEFERINO.

En el momento.

Mi corta composicion

solo tiene por objeto

hacer una pinturilla,

aunque no en estilo serio,

de nuestros Empecinados,

y del modo que salieron

á campaña en un principio,

que fue gracioso en extremo.

Recita.

Ha sido admiracion de las naciones
esta clase de nuevos campeones.

Apenas se apelida la defensa
de la nacion, y como nube densa

por todas partes estenderse vemos
innumerables hombres, que sabemos

quiénes son y que existen solamente
porque abrazan empresa tan valiente.

Salen á la palestra unos y otros,
ya encaballos, ya en yeguas ó ya en potros:

cada qual con lo que tiene ó pilla,
equipan con albarda si no hay silla,

y si no hay brida, cabezon ó freno,
una sogá ó cordel para ello es bueno.

Si los estribos faltan, no por esto
ellos se apuran; hácenlos muy presto

de qualquiera tomiza allí pendiente,
y hete aquí ya un militar valiente.

Quál se arma de una espada aunque roñosa,
quál de lanza, pistola ó qualquier cosa;

lo cierto es que todos á campaña
salen segun les industrió su maña.

Ya la caballería la tenemos
á punto de batirse; ahora pasemos

á revistar la fuerte infantería,
que la vamos á hallar por vida mia;

al poco mas ó menos tan brillante,
aunque en verdad no menos arrogante.

No hablemos de uniformes ni sombreros,
ni al pronto se hallarán los granaderos

con grandes gorras; mas el tiempo andando,

ya se irán todos ellos equipando
de lo que atrapen con su mano airada
á la tropa invencible y mas reglada.
Uno viste polaina, otro chaqueta,
uno lienzo, otro paño, otro bayeta,
quál gorro, cuál chambergó, cuál montera,
quál alpargate su calzado era.
Este lleva fusil, este afilado
un largo chuzo lleva preparado;
otro de su escopeta se arma fiero,
y otro de un gran trabuco naranjero.
Los grandes Mariscales que esto advierten
dicen: estas campañas nos divierten.
Ah! qué engañados viven los guerreros!
pues los Empecinados por oteros,
por sendas y barrancos ban burlando
á la columna si les va buscando;
y quando ésta presume fulminante
darles un fuerte ataque por delante,
advierte descargar la granizada
por la espalda, quedando ella burlada:
pues quando á conjurar va aquella nube
á la montaña ve que se le sube.
Qué diantres es aquesto! en dónde estamos!
Si la paz y quietud les predicamos,
maldito el caso hacen... Los rigores
mas y mas los excita á sus furores;
nosotros en mil partes les seguimos,
y si uno muere, solo conseguimos
que el número se aumente cada dia;
no hay quien entienda tal algaravía!
Andar sí les hacemos como locos;

mas de nosotros quedaremos pocos.
Ganamos una plaza, y dicen luego
con mucha calma ¿eso qué importa? Fuego,
qué testarudos son y qué indomables,
mas son por su caracter apreciables.
En fin con esta gente no pudieron
carrera alguna hacer por mas que hicieron.
En desierto, en poblado noche y dia
en un pie como grulla les tenia
esta clase de duendes nunca vistos,
que sin cesar les hizo andar muy listos.
Lo cierto es que nuestros campeones
les distraxeron siempre sus legiones;
y que quando apurados mas estaban
la justa causa defender juraban,
y entre votos y ternos maldecian
unos huéspedes tales, y decian:
compadre, aunque viniese el mundo entero
los hemos de aburrir á ellos primero;
y serán libres, pésele al demonio,
Fernando, Carlos, y el amable Antonio.

LUIS.

Bravo, amigo! aquí estoy yo
por si no os dan ningún premio.
Sepa usted que me ha gustado
oirle relatar sus versos.

CEFERINO.

Gracias á Dios que mejora
sus horas, pues hay sugetos
que ya toman interés
por los poetas.

(34)

LUIS.

Confieso

que uno y otro me han gustado.

CEFERINO.

La bondad de usted aprecio infinito.

CARLOS.

Amigos míos,
la distribución de premios
se hará según corresponda;
pero ésta ha de ser luego
que den su voto imparcial
las damas y caballeros
que han tenido á bien honrarnos
con su asistencia. Ahora debo
mi corta composición
recitar yo: me he propuesto
en ella hacer el elogio
de los valientes guerreros
que por defender la patria
ésta sacrificio hicieron
de su sangre y aun su vida.

Innumerables son estos,
y por lo tanto imposible
poder citar con acierto
de tantos hombres ilustres
tantos y tan grandes hechos.
Muchos oyéndome están;
su delicadeza creo
exige no se les nombre;
otros muchos fallecieron
gloriosamente, y así

(35)

juzgo que es el mejor medio
de hacer á todos su elogio
hablar de uno solo, muerto
en el campo del honor,
por cuya razón protexto,
que aunque de uno solo hable
me anima el justo deseo
de honrar todo buen soldado
con el mas sincero afecto.

AGAPITO.

Amigo, ahora verá usted

Hablando á don Ceferino aparte.
si lo que le dixe es cierto.

CARLOS recita.

Jamás mi labio adulador é injusto
himnos entone al Procer orgulloso;
veraz y compendioso las acciones
de inmortales varones solamente
cante sencillamente, pues no es dado
al númen limitado con dulzura,
gravedad y hermosura hacer ameno
el elogio del bueno, qual lo ha sido
el que por su nación ha perecido.

Hoy debo de un valiente la memoria
recordar por la gloria incomparable
que á la patria admirable ya redundá
al verla tan fecunda las naciones
en virtudes y acciones; y este día
con grata melodía será oído
el acorde sonido de mi lira
si plácido me mira, y con su mano
mi diestra mueve Apolo soberano.

El Dios divino que en su solio augustó
parece que con gusto oyera atento
mi lastimero acento, al fin se mueve
á piedad, y á las nueve bondadoso
las dice cariñoso: id animando
su acento que temblando mal se oyera
si reglado no fuera. Mis favores
reciba, si loores juntamente
tributar quiere á algun mortal valiente.

Mas si su elogio dirigido fuese
al que no mereciese por su exemplo
colocarse en el templo de la Fama;
no sentirá la llama con que inflamo
al que benigno llamo á estas regiones.
"En todas las naciones ya bendicen
(las deidades le dicen) su memoria:
"dignísimo es de gloria, sí, pues era
"aquel heroico general Carrera."

El coro celestial armonioso
un himno religioso va entonando:
guirnalda enlazando de frondoso
laurel al virtuoso justamente
las dedica: su frente ensangrentada
por las nueve es ornada; ¡España triste
que tal hijo perdiste, exclama el coro:
graba con letras de oro su memoria,
que el fin de la Carrera te dá gloria.

Y tú, Ibero sensible, á las naciones
compendia las acciones del valiente
que tan heroicamente dió la vida
por su patria afligida. No desmayes
al oir tantos ayes dolorosos

de soldados briosos: ya han jurado
por lo que hay mas sagrado su venganza.
Publica sin tardanza... Yo obediente
con tosca pluma escribo lo siguiente:

Tú fuiste aquel caudillo denodado,
que animando al soldado
de Murcia te presentas en las calles:
penetras animoso,
y gritas "viva el rey, y viva (dices
con acento brioso)
la patria." Yo te ví correr ligero
buscando al enemigo, y tus soldados,
aquellos esforzados,
aquellos que supieron imitarte
se adelantan contigo,
persiguen con valor al enemigo,
y hacen tales acciones, que hasta Marte
admira su valor, pues hay guerrero,
que á cinco mata ó hiere con su acero.
Hasta el soberbio puente que al Segura
artificialmente ha prohibido
que su corriente caudalosa y pura
á aquellos moradores
separados por siempre haya tenido,
avanzan tus soldados animosos:
con sangre de invasores orgullosos
sus piedras salpicaron.
Con la acerada lanza preeipitan
desde el bruto brioso á los contrarios:
caen de lo mas alto ya expirantes,
se ocultan, y aparecen palpitantes
sobre la gran corriente interrumpida,

que con la sangre vióse enrojecida.

El enemigo astuto sorprendido
tu clemencia invocára humildemente,
vaga aturdidamente,
y abandonando el fruto que ha cogido
con su exacción violenta y arbitraria,
de la ciudad cobardemente huyera:
tal fue el terror que le infundió Carrera!
De esperanzas y glorias preparabas
al triste pueblo el deseado día;
oprimido del yugo no sabía
que á salvarle llegabas:
al verte, entusiasmado
todo se anima, y aun seguirte quiere;
mas ¡ay, quan presto su esperanza muere!
Quando todos anhelan con zozobra
verte luego triunfante,
y de laurel ceñirte cariñosos
la blanca hermosa frente:
quando al Omnipotente,
al Dios de las batallas fervorosos
sus votos dirigian confiando
que del riesgo inminente
salvo quedase el defensor valiente:
quando para lograr la justa empresa
que allí te conducía
la tropa que á tus órdenes venía
debería atacar por varios puntos
al confiado enemigo que rindiera
su altivo cuello al general Carrera;
un incidente entonces imprevisto
impide que tu plan sea executado;

y al punto tu valor es malogrado!
Con tal fatalidad en sí volviendo
de su espanto y terror los enemigos
reúnen y te acometen...! rodeado
de muchos, y acosado
por do quier que tu vista se dirige,
con exemplar valor, con noble saña
en la lid mas te empeñas.
Tu fulminante acero
hiere, extermina fiero,
y venga tus heridas;
mas aunque así animoso y formidable
al furor implacable
de tantos enemigos haces frente,
resistir no es posible á tal torrente!
Por tu mayor desgracia te extravías,
las calles desconoces, y lidiando
con mas y mas contrarios orgullosos
que de instante en instante presurosos
acuden por rendirte, al fin te hallas
en intrincado sitio de que ignoras
quál la salida sea! Todo, todo
contra tí se conjura! De tu sangre
es regada la tierra que defiendes!
La inquieta y centellante vista tiendes
la postrimera vez por todos lados;
y no ves tus soldados!
Qué contraste, gran Dios! Tú peleando;
y tu tropa á tu lado no se hallaba!
Tu pecho heróico y fiel se presentaba
al contrario, y la muerte ya aguardando,
tu último acento fue VIVA FERNANDO!

Quedando el enemigo sorprendido
de heroicidad tan grande
la vida no quisiera que perudieses;
sí que la fuerte espada le rindieses.
A tal intimacion, tu honor, tu gloria
no supieron ceder; y mas constante
con tu acero cortante
respondes solamente hiriendo fuerte,
y á todo el que alcanzabas dando muerte.
Perdida la esperanza de su triunfo,
los fieros enemigos irritados
te acosan, y te hieren mortalmente,
logrando al fin ¡desgracia irreparable!
que sobre aquella tierra ya teñida
con tu sangre animosa y pura y noble
exánime tu cuerpo caiga inmoble!
He aquí el fin del inmortal Carrera,
digno español y general que era
merecedor de mas benigna suerte:
quanto perdióse en su temprana muerte!
Si tal Héroe no existe, su memoria
será eterna á la patria, que con gloria
podrá decir á las demás naciones:
"Así procede el militar honrado,
así el patriota justo entusiasmado
por la sagrada causa, que animoso
defender supo contra el gran coloso
que á toda Europa encadenado hubiera,
si en Europa una España no existiera!"

AGAPITO.

Qué tal, ponderé yo algo,
ó dixe á usted lo que es cierto?

CEFERINO.

Señor don Carlos, muy bien!
De usted es el mayor premio.

LUIS.

Vaya, para aficionado
perfectamente lo has hecho.

CARLOS.

Pues ya que se han referido
aunque en un breve compendio
el valor y la lealtad
que han mostrado en estos tiempos
los valientes españoles
de su rey en justo obsequio;
razon será hacer memoria
de los grandiosos efectos
que han producido á la patria
tantas virtudes y esfuerzos.
Por estos al fin fue libre,
en toda Europa adquiriendo
el mayor y mejor nombre:
consiguió del cautiverio
sacar á la régia Estirpe,
por la qual en todos tiempos
tantas lágrimas vertia:
Ya logró paz y sosiego;
y al ver su rey suspirado
ocupar el trono, es cierto
que solamente una cosa
podia desear. Los pueblos
quando cordialmente aman
á sus monarcas, sabemos
que su existencia desean,

pues reynando con acierto
hacen su felicidad.

Quisieran fuesen eternos,
ó que se perpetuase
la regia Estirpe por medio
de un enlace venturoso.

Sí, amigos, hoy ya tenemos
este bien asegurado.

Cumpliéronse los deseos
justos del pueblo español:
en dichosos lazos vemos
cifrada nuestra ventura.

Plegue que piadoso el cielo
al oír de la nacion
el voto puro y sincero
toda dicha la conceda.

Y pues con tan grande objeto
nuestro mas tierno cariño,
nuestra lealtad y deseos
hoy á todos nos transportan
á inexplicable contento,
de los augustos Esposos
la sacra union celebremos.

*A este tiempo desaparece el Parnaso,
manifestándose la decoracion última in-
dicada al principio. Cantan los coros
las coplas siguientes, y se dá fin con
el bayle.*

CORO.

Oh españoles fuertes y leales
de mil dichas tened la esperanza,
pues la union de Borbon y Braganza
pone fin de la patria á los males.
Oh momento de felicidad.

Vivan los regios Esposos,
y al fin logre la nacion
una feliz sucesion
por enlaces tan dichosos,
siendo así eterno su bien.

A este tiempo desampare el Parnaso,
 manifestandole la desordenada vida in-
 estada y principal. Como los coros
 las coplas siguientes se hallan con

de espaldas fuesen y los
 de allí dichas se hallan en
 pues la unión de la vida y la
 pone fin de la vida y los
 el momento de la vida.

Viván los siglos de la vida
 y al fin de la vida
 una vida y una
 por cada una de las
 siendo así que en la vida

